

MISIÓN EN JONIA

PATRICK O'BRIAN

MISIÓN EN JONIA

Una novela de la Armada inglesa

Traducción de Aleida Lama Montes de Oca



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *The Ionian Mission*

Diseño de la sobrecubierta:  Calderón Studio®

Primera edición: julio de 2026

© Patrick O'Brian, 1981

All rights reserved

© de la traducción: Aleida Lama Montes de Oca, 1997

© de la presente edición: Edhasa, 1997, 2026

Diputación, 262, 2.ª 1.ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6563-4

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 11714-2026

Impreso en España

Mariae sacrum

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA



Ésta es la octava novela de la más apasionante serie de novelas históricas marítimas jamás publicada; por considerarlo de indudable interés, aunque los lectores que deseen prescindir de ello pueden perfectamente hacerlo, ofrecemos al final de la obra un amplio y detallado Glosario de términos marinos.

Se ha mantenido el sistema de medidas de la Armada Real inglesa, como forma habitual de expresión en la terminología náutica.

1 yarda = 0,9144 metros

1 pie = 0,3048 metros \longleftrightarrow 1 m = 3,28084 pies

1 cable = 120 brazas = 185,19 metros

1 pulgada = 2,54 centímetros \longleftrightarrow 1 cm = 0,3937 pulgadas

1 libra = 0,45359 kilogramos \longleftrightarrow 1 kg = 2,20462 libras

1 quintal = 112 libras = 50,802 kg

NOTA DEL AUTOR



En tiempos de Nelson, eran numerosos los miembros de la Armada Real que cultivaban la música y la poesía. En todos los barcos había por lo menos seis oficiales que tocaban la flauta travesera, y en la *Naval Chronicle* aparecían todos los meses varias páginas con poemas de oficiales de servicio o temporalmente desocupados. Estos poemas eran, sin duda, los mejores frutos de su inspiración poética, y proporcionan excelente material al escritor que desea presentar este insólito aspecto de la vida de un marino y cree que un pastiche no daría realmente la impresión de ser un poema auténtico, si bien tienen todavía más valor otras composiciones menos logradas que nunca fueron publicadas, muchas de las cuales he encontrado en la biblioteca del Museo Marítimo Nacional de Greenwich. Sin embargo, no he encontrado otra fuente que pueda compararse a *Memoirs of Lieutenant Samuel Walters, R.N.*, obra que fue publicada por primera vez tardíamente, en 1949, por Liverpool University Press. La edición estuvo a cargo del profesor Northcote Parkinson, a quien deseo expresar mi agradecimiento por las líneas que he tomado en préstamo.

CAPÍTULO 1



En otro tiempo se pensaba que el matrimonio era un campo de batalla en vez de un lecho de rosas, algo que tal vez algunos piensen todavía, y el doctor Maturin, quien había elegido una pareja más inapropiada que la generalidad de los hombres, intentó hacer frente a la situación de forma más directa, pacífica y eficaz que la inmensa mayoría de los esposos.

Había perseguido durante años y años a su esposa, una mujer extraordinariamente hermosa, vivaracha e impetuosa, hasta que por fin se había casado con ella a bordo de un barco de guerra, en medio del canal de la Mancha; sin embargo, la persecución había durado tantos años que ya era casi un solterón. Estaba demasiado viejo para abandonar la costumbre de fumar en la cama, de tocar el violoncelo en momentos inoportunos y de hacer la disección de todo lo que le interesara, incluso en el salón, y también estaba demasiado viejo para aprender a afeitarse, cambiarse de ropa interior o lavarse regularmente aunque no sintiera necesidad de hacerlo: era un marido imposible. No estaba acostumbrado a la vida hogareña y, a pesar de haber hecho grandes esfuerzos por habituarse a ella al principio de su matrimonio, pronto se dio cuenta de que el enfrentamiento terminaría por estropear sus relaciones, sobre todo porque Diana era tan intransigente como él y perdía los estribos mucho más fácilmente por cualquier cosa, como, por ejemplo, por encontrar un pán-

creas dentro de un cajón de la mesilla de noche y mermelada de naranja en la alfombra de Aubusson. Además, su arraigada costumbre de mantener en secreto sus actividades (pues amén de ser médico era espía) lo hacía aún menos apto para la vida doméstica, en la cual la reserva causa estragos. Así pues, fue pasando cada vez más tiempo en las habitaciones que tenía reservadas permanentemente en el Grapes, un hostel viejo y modesto, pero confortable, situado en el distrito de Savoy, hasta que finalmente se retiró a ellas, dejando a Diana en la hermosa casa de la calle Half Moon, una casa moderna, recién pintada de blanco y amueblada con elegantes, pero frágiles, muebles de satín.¹ Eso no fue una ruptura, pues Stephen Maturin abandonó la casa de la calle Half Moon y sus frecuentes reuniones sociales para irse al hostel de la brumosa callejuela próxima al Támesis sin violencia ni ira ni rencor. Desde aquel lugar le sería más fácil ir a las reuniones de la Royal Society,² el Colegio de Cirujanos y las sociedades entomológica y ornitológica, que le interesaban mucho más que las fiestas y las partidas de cartas que Diana organizaba, y, por otra parte, allí podría ocuparse mejor de los delicados asuntos que tenía que atender como miembro del Servicio Secreto de la Armada y que su esposa no debía conocer. Eso no fue una brusca ruptura, sino simplemente una separación geográfica, una separación tan pequeña que Stephen solía recorrer la distancia que había entre ambos cada mañana, atravesando Green Park, para desayunar con su esposa en su habitación, ya que a ella le gustaba levantarse tarde, y también iba casi siempre a las cenas y fiestas que ella daba y desempeñaba su papel de anfitrión a las mil maravillas, pues podía ser tan amable como la mayoría de los invitados a condición de que no tuviera que quedarse demasia-

1 *Satín*: Cierta madera americana parecida al nogal. (*N. de la T.*)

2 *Royal Society*: Organización creada por Carlos II de Inglaterra en 1662 para el desarrollo de las ciencias, sobre todo de la náutica. (*N. de la T.*)

do tiempo. Además, Diana estaba acostumbrada a la separación porque su padre y su primer esposo eran oficiales del Ejército. Siempre se alegraba de ver a su marido y él de verla a ella, y puesto que todos los motivos de desavenencia habían desaparecido, ya no se peleaban. Probablemente aquella situación era la más adecuada para dos personas que estaban unidas por el amor, la amistad y el hecho de haber corrido juntas una serie de sorprendentes aventuras, pero que no tenían nada en común.

Ya no se peleaban, a no ser que Stephen sacara a relucir el tema de casarse según el ritual de la Iglesia romana. Su matrimonio había sido una breve ceremonia naval celebrada por el capitán del bergantín *Oedipus*, un amable joven que era un excelente navegante, pero no un sacerdote, y Stephen, que era papista, pues tenía ascendencia irlandesa y catalana, aún estaba soltero según las leyes de la Iglesia. Sin embargo, ni la persuasión ni las palabras amables (y él no se atrevía a usar palabras duras) conseguían hacer cambiar de opinión a Diana, que no razonaba y obstinadamente se negaba a aceptar. A veces a Stephen le afligía su terquedad, porque, aparte de que concedía gran importancia a aquel asunto, le parecía que en ella había una mezcla de superstición, miedo a un extraño sacramento y la característica hostilidad inglesa hacia Roma; no obstante, a veces esa terquedad añadía intriga a sus relaciones, lo que no le resultaba del todo desagradable. Pero nada de esto pasaba por la mente de la respetable señora Broad, la dueña del Grapes, que deseaba que su hostel fuera siempre un lugar respetable y no aprobaría ninguna inmoralidad y echaría a cualquiera de sus huéspedes si sospechaba que tenía relaciones con una fulana. La señora Broad conocía al doctor Maturin desde hacía muchos años y sabía perfectamente cómo era, por esa razón se limitó a mirarlo unos momentos cuando él le dijo que pensaba quedarse en el hostel, y aunque le parecía asombroso que hubiera un hombre que quisiera dormir separado de aquella hermosísima dama, lo consideró «una de las extravagancias del doctor». En el

pasado la habían sorprendido algunas de aquellas extravagancias, como, por ejemplo, diseccionar en el carbonero los tejones que rescataba de las trampas y brazos y piernas o incluso cadáveres de huérfanos en la época en que eran abundantes, al final del invierno; sin embargo, poco a poco había ido habituándose a todo eso. La señora Broad estaba acostumbrada a oír al doctor tocar el violoncelo durante la noche y a encontrar esqueletos en los armarios, y ya nada podía causarle mucho asombro. Por otra parte, simpatizaba con Diana, a quien había llegado a conocer muy bien durante la estancia de ella y Stephen en el hostel tras su regreso a Inglaterra, porque era amistosa («no se da aires y no le importa tomar un vaso de *posset*³ con quien está detrás de la barra») y porque era obvio que sentía afecto por el doctor, y la admiraba sinceramente por su belleza. La señora Maturin iba con frecuencia al Grapes para llevar camisas, medias de estambre azules y hebillas de zapatos o dejar mensajes, o incluso pedir pequeñas sumas de dinero, pues, a pesar de que era mucho más rica que Stephen, era también mucho más derrochadora. Aquel matrimonio parecía muy extraño, pero la señora Broad había visto una vez a Diana con lady Jersey en un coche real (con lacayos de pie en la parte trasera) y estaba convencida de que era «alguien importante en la corte», lo que le impedía vivir como los mortales comunes y corrientes.

Durante los últimos días Diana había ido al hostel con mucha más frecuencia, ya que el doctor iba a hacerse a la mar con su íntimo amigo Jack Aubrey, un capitán de navío de la Armada Real que era conocido entre sus miembros como Jack Aubrey «el Afortunado» porque había tenido suerte y había conseguido muchos botines. Pero ahora el capitán tenía tantos problemas económicos que había aceptado gustoso un cargo nada envidiable que lo situaría temporalmente al mando del *Worcester*, uno de los barcos de

3 *Posset*: Bebida hecha con leche caliente, cuajada con cerveza o vino, azúcar y especias. (N. de la T.)

setenta y cuatro cañones que aún quedaba del grupo de navíos de línea llamados los Cuarenta Ladrones, nombre que se les había dado porque los armadores encargados de su construcción habían cometido tantas irregularidades al construirlos, especialmente en el uso de escantillones, curvas⁴ y piezas de unión, que, a pesar de que en aquella época la corrupción era general, habían sido muy criticados, sobre todo por quienes tenían que navegar en ellos. Debía llevar el navío hasta el Mediterráneo para unirse allí a la escuadra del almirante Thornton, que mantenía el interminable bloqueo de Tolón para evitar la salida de la flota francesa. Y como Stephen iba a embarcarse, necesitaba preparar su baúl. Lo había preparado él mismo muchas veces, y lo poco que solía poner dentro siempre había sido suficiente para satisfacer sus necesidades, incluso cuando se encontraba muy lejos de su tierra, y con más motivo lo sería cuando estuviera en el Mediterráneo, ya que tendría Malta o Barcelona sólo a cientos de millas por sotavento, según soplara el viento. Sin embargo, ni Diana ni la señora Broad soportaban su forma de prepararlo, pues echaba las cosas dentro sin seguir un orden y envolvía los objetos más frágiles en las medias, así que intervenían constantemente para envolver objetos en papel de seda e incluso ponerles una etiqueta o para colocarlos ordenadamente en diferentes capas. Ahora el baúl con refuerzos de latón estaba abierto y el doctor Maturin revolvía lo que había en su interior tratando de encontrar su mejor pechera, una pechera blanca con chorrera del tamaño de un ala⁵ de moderadas proporciones, para ponérsela para la cena de despedida que ofrecía Diana. Revolvía con un retractor, un instrumento usado en cirugía y uno de los más útiles para la ciencia, pero no podía encontrarla, y cuando aquellas pinzas de acero tocaron el fondo, gritó:

4 *Curva*: Pieza de madera naturalmente curva que se emplea en los barcos para asegurar dos maderos unidos en ángulo. (*N. de la T.*)

5 *Ala*: Vela suplementaria que se despliega a los lados de las velas cuadradas en tiempo bonancible. (*N. de la T.*)

—¡Señora Broad, señora Broad! ¿Quién ha escondido mi pechera?

La señora Broad entró en la habitación sin ceremonia, aunque Stephen estaba en mangas de camisa.

—¿Por qué se la llevó? —preguntó Stephen—. No tiene usted corazón, señora Broad.

—La señora Maturin dijo que había que almidonarla otra vez —respondió la señora Broad—. A usted no le gustaría que la chorrera cayera lacia. Estoy segura de ello.

—Nada me gustaría más —murmuró Stephen mientras se la ponía.

—Y dice la señora Maturin que se ponga los zapatos de charol nuevos —dijo la señora Broad—. Ya les he arañado las suelas.

—No puedo ir andando hasta la calle Half Moon con los zapatos nuevos —protestó Stephen.

—No, señor —dijo la señora Broad tranquilamente—. Tiene que ir en coche, como la señora Maturin dijo esta mañana. Esos hombres le están esperando desde hace diez minutos en el bar.

Entonces miró hacia el baúl abierto, que apenas hacía media hora tenía tan buen aspecto como un pastel de manzana, y exclamó:

—¡Oh, doctor Maturin! ¡Oh, doctor Maturin! ¡Qué vergüenza!

★ ★ ★

—¡Qué vergüenza! —exclamó Diana mientras le arreglaba la pajarita—. ¿Por qué has llegado tan tarde? Hace un siglo que Jagie-llo está en el salón abstraído en sus pensamientos y los demás llegarán de un momento a otro.

—Nos encontramos con un toro enfurecido en Smithfield —dijo Stephen.

—¿Es realmente necesario pasar por Smithfield para llegar a Mayfair? —preguntó Diana.

—No lo es, como sabes muy bien. De repente me acordé de que tenía que pasar por casa de Bart. Pero, cariño, que yo sepa, nunca en tu vida has sido puntual, así que te ruego que guardes tu ironía para una ocasión mejor.

—¡Vaya, Stephen, estás tan enfurecido como ese toro! —exclamó Diana, y le dio un beso—. ¡Y pensar que te he comprado un hermoso regalo! Sube para que lo veas. Jagiello podrá recibir a los invitados que lleguen más temprano.

Al pasar por el salón, entró un momento y le dijo a Jagiello:

—Por favor, si llega algún invitado, recíballo en nuestro nombre. No tardaremos ni un minuto.

Jagiello, un joven lituano muy apuesto y rico que trabajaba para la embajada sueca, se sentía en la casa de la calle Half Moon como en la suya propia. Había estado prisionero en Francia con Stephen y Jack Aubrey y había escapado con ellos, lo que explicaba que estuviera unido a ambos por una profunda amistad, que en otras circunstancias probablemente no existiría.

—Ahí lo tienes —dijo Diana, señalando su cama.

Allí se encontraba una arqueta con ribetes de oro y pequeños cajones que era a la vez un neceser, una cantina y un tablero de chaquete.⁶ Podía transformarse en un palanganero, un escritorio o un atril mediante un ingenioso sistema de tablas que se deslizaban por correderas y patas plegables, y, además, tenía espejos y candeleros ocultos en los costados.

—¡*Acushla*,⁷ este regalo es espléndido, magnífico, digno de un emperador! —exclamó, acercándola a él—. ¡Ni el médico jefe de la Armada tiene algo mejor! Te estoy muy agradecido, cariño.

6 *Chaquete*: Juego parecido al de damas, que se empieza poniendo peones en todas las casillas. (N. de la T.)

7 *Acushla*: Palabra irlandesa que se emplea como apelativo cariñoso. (N. de la T.)

Le estaba realmente agradecido y también estaba profundamente emocionado. Diana le demostró cómo se transformaba el brillante objeto, y le contó que había supervisado su construcción y que había apremiado a los trabajadores para que lo terminaran a tiempo («Stephen, *chéri*, les hice promesas y juramentos y les dije frases dulces y persuasivas hasta que me quedé ronca como un cuervo»). Entretanto él reflexionaba sobre su generosidad, su falta de previsión (a pesar de que era muy rica, nunca tenía bastante dinero para gastar, y aquello costaba más de lo que realmente podía gastarse) y su desconocimiento de la vida naval, pues en un barco el cirujano ocupaba una cabina húmeda y pequeña como un armario, aunque fuera el cirujano de un navío de línea de setenta y cuatro cañones. Aquel valioso objeto hecho por artesanos podría serle muy útil a un militar de alto rango con un coche para llevar su equipaje y media docena de ordenanzas, pero no a un marino, que tendría que envolverlo en lona alquitranada y colocarlo en la parte menos húmeda de la bodega o, si conseguía la autorización, en el pañol del pan...

—Pero las camisas, querido Stephen...—dijo ella—. Estoy muy disgustada porque faltan las camisas. No pude conseguir que esa condenada mujer las terminara. Aquí tienes solamente una docena; las demás te las mandaré en un coche y espero que lleguen a tiempo.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Stephen—. ¡No hay necesidad, ninguna necesidad...! ¡Una docena de camisas! No he tenido tantas camisas desde que me puse calzones. Sólo necesito dos para este viaje porque enseguida estaré de regreso.

—Me gustaría que ya estuvieras de regreso—susurró Diana—. Te echaré mucho de menos—añadió, y volvió la cabeza hacia la ventana—. Ése es el coche de Anne Trevor. No te importará que haya venido, ¿verdad, Stephen? Cuando supo que Jagiello venía a cenar, me rogó que la invitara, y no tuve valor para decirle que no.

—No me importa en absoluto, cariño. Estoy a favor de que todos satisfagan sus naturales deseos, incluso la señorita Trevor, un alguacil y un terrateniente del condado de Kerry que viva lejos de sus tierras, cobre rentas desorbitantes y tenga un agente de negocios escocés, pelirrojo y anabaptista que, además, sea un buitre. Verdaderamente, podríamos llegar al extremo de dejarlos solos dos minutos.

—Ese viaje me parece muy extraño —dijo Diana mientras miraba la pila de camisas con el entrecejo fruncido—. Nunca me has dicho cómo te lo propusieron. ¡Y es tan precipitado!

—En el momento crítico de una guerra, en la Armada suelen darse órdenes con muy poca antelación. Pero me alegro de ir, porque tengo que resolver algunos asuntos en Barcelona, como sabes. Tendría que ir al Mediterráneo de todas maneras, con Jack o sin él.

Todo lo que Stephen había dicho era verdad, pero no había explicado qué tipo de asuntos debía resolver en Barcelona y tampoco había dicho que a poca distancia de Tolón iba a tener un encuentro con realistas franceses, con caballeros que estaban verdaderamente hartos de Bonaparte, y que ese encuentro podría servir para lograr grandes cosas.

—Pero se sabía que Jack tomaría el mando del *Blackwater* en cuanto estuviera listo y se iría a la base naval de Norteamérica —dijo Diana—. Nunca deberían haberlo empujado a que aceptara el mando temporal de un navío viejo y desvencijado como el *Worcester*. A un marino con su antigüedad y su hoja de servicios deberían haberle concedido el título de caballero y haberle asignado un barco decente o toda una escuadra. Sophie está furiosa, y también lo están el almirante Berkeley, Heneage Dundas y todos los amigos de Jack de la Armada.

Diana conocía bien los asuntos del capitán Aubrey, ya que él estaba casado con su prima y vieja amiga Sophie, pero no los conocía tan bien como Stephen, que, en ese momento, dijo:

—Seguramente sabrás que Jack está en una situación difícil.

—¡Oh, Stephen, no seas tonto! Desde luego que lo sé.

Desde luego que lo sabía. Todas las amistades del capitán Aubrey sabían que, en el momento en que había llegado a tierra con los bolsillos llenos del oro de los franceses y los españoles, se había convertido en una presa más fácil de atrapar por los tiburones de tierra que la mayoría de los marinos, pues era confiado e ingenuo, y había sido apresado por uno de extraordinaria voracidad, por lo que ahora sostenía varios pleitos que podrían llevarlo a la ruina.

—Me refería a lo ocurrido recientemente. Parece que olvidó actuar con discreción, como le recomendaron sus consejeros legales, y, en opinión de éstos, es de vital importancia que se ausente del país durante un tiempo. Se me olvidaron los detalles, pero ha causado daños físicos porque ha tirado a más de un abogado por la ventana de una planta baja, ha roto cristales que valen una considerable cantidad de libras, ha amenazado de muerte a algunos pasantes, ha blasfemado y ha alterado el orden público. Por esa razón todo es tan precipitado y por esa razón aceptó el mando de ese barco. Esto será simplemente un paréntesis en su carrera.

—Entonces, ¿regresará para tomar el mando del *Blackwater* cuando esté listo? ¡Sophie se pondrá tan contenta!

—Bueno, respecto a eso, cariño, respecto a eso... —Stephen vaciló, pero, sobreponiéndose a su tendencia a la reserva, que, entre otras cosas, lo hacía poco apto para ser un buen esposo, continuó—: La verdad es que ha tenido grandes dificultades para conseguir incluso el mando de ese barco. Sus amigos tuvieron que presionar a los que tienen el poder y recordarles los servicios que ha prestado y las promesas hechas por el difunto primer lord, y, aun así, probablemente no le habrían asignado el otro si el capitán..., si un amigo no hubiera tenido la generosidad de quitarse de en medio para favorecerlo. En el Almirantazgo hay personas

que sienten animadversión hacia él y tratan de poner obstáculos en su camino, así que podrían quitarle el mando del *Blackwater* a pesar de su expediente y de haberse ocupado de su aprovisionamiento durante tanto tiempo. Cuando se cierre ese paréntesis, es posible que se quede en tierra, y entonces anhelará conseguir aunque sea un bote de remos que lleve la insignia real.

—Supongo que es a causa de su padre, que es un viejo insufrible —dijo Diana.

El general Aubrey era un hombre locuaz y vehemente y un apasionado radical que pertenecía al grupo de la oposición en el Parlamento, y eso perjudicaba mucho a su hijo porque era un servidor de la Corona, la cual dejaba en manos de los ministros los nombramientos y ascensos.

—Por supuesto que eso tiene relación con el asunto, pero me parece que otras cosas también —dijo Stephen—. ¿Conoces a un hombre llamado Andrew Wray?

—¿Wray, el del Ministerio de Hacienda? ¡Oh, sí! Uno se lo encuentra en todas partes. Tuve que bailar con él en la fiesta que dio Lucy Carrington el día que fuiste a ver los reptiles. También estaba en la cena que ofreció Thurlow. ¡Escucha, ya llega otro coche! Seguro que es el almirante Faithorne, porque siempre es puntual como un reloj. Stephen, nos estamos comportando horriblemente. Tenemos que bajar. ¿Por qué me preguntaste por ese tipo despreciable?

—¿Crees que es un tipo despreciable?

—¡Por supuesto que sí! Es extremadamente inteligente, como la mayoría de los que trabajan en Hacienda, y también un miserable. No puedes imaginarte lo mal que trató a Harriet Fanshaw. Es un tipo despreciable a pesar de sus buenos modales, y también un presuntuoso.

—Ahora sustituye al vicesecretario del Almirantazgo, sir John Barrow, que se encuentra enfermo. Pero hace algún tiempo, cuando aún trabajaba en Hacienda, Jack le dijo que hacía trampa ju-

gando a las cartas; se lo dijo abiertamente, con la franqueza propia de los marinos, en el bar de Willis.

—¡Dios santo! No me lo habías dicho, Stephen. ¡Qué reservado eres!

—Nunca me lo preguntaste.

—¿Retó a duelo a Jack?

—No, creo que ha tomado un camino más seguro —dijo, y en ese momento unos fuertes golpes en la puerta de la casa interrumpieron sus palabras—. Te lo contaré luego. Gracias por este hermoso regalo, cariño.

Cuando bajaban la escalera para ir al recibidor, Diana dijo:

—Stephen, tú sabes todo acerca de los barcos y el mar.

Stephen asintió con la cabeza. Era natural que supiera mucho de ambas cosas, pues había navegado con el capitán Aubrey desde principios de siglo, y, de hecho, ya podía distinguir casi siempre entre babor y estribor. Además, sentía un gran orgullo por haber aprendido términos náuticos como proa y popa e incluso otros mucho más difíciles de entender.

—Dime —continuó—, ¿qué es la pértiga de una falúa? He oído hablar mucho de ella.

—Bueno, esposa mía —respondió—, la falúa o pinaza, como decimos nosotros, es una pequeña embarcación para el uso particular del capitán, y la pértiga es una especie de mástil inarticulado.

Abrió la puerta del salón para que ella entrara y vio allí a dos jóvenes en vez de una. Cada una de ellas mostraba alternativamente su desprecio por la otra y su veneración por Jagiello, quien, vestido con su uniforme de húsar, estaba sentado entre las dos y tenía una expresión sonriente, pero parecía ausente. Al ver a Stephen, Jagiello se puso de pie de un salto y sus espuelas chocaron.

—¡Querido doctor, cuánto me alegro de verle! —exclamó, apretándole ambos brazos y sonriendo dulcemente.

—¡El almirante Faithorne! —anunció el mayordomo con una expresión hierática, y en ese momento el reloj dio la hora.

Luego llegaron más invitados, y el gato, aprovechando que la puerta de la cocina se abría con frecuencia, salió de ella y, casi arrastrándose, fue hasta donde estaba Stephen, subió por su espalda, se sentó en su hombro izquierdo y empezó a ronronear y a rozar con la oreja su peluca. Llegaron más invitados, entre los cuales estaba el banquero Nathan, el asesor financiero de Diana, con quien Stephen simpatizaba porque era un hombre que también luchaba con todas sus fuerzas por derrotar a Bonaparte y usaba sus armas, sumamente especializadas, con extraordinaria eficiencia. La ceremonia se estropeó por la desagradable escena que tuvo lugar cuando el mayordomo se llevó al gato, y por fin todos pasaron al comedor. Allí estaba la mejor comida que podía encontrarse en Londres, pues, a pesar de que Diana era una sílfide, era glotona, era entendida en vinos y tenía un excelente cocinero, quien, en esta ocasión, había empleado todo su talento para preparar los platos favoritos de Stephen.

—¿Quiere que le sirva más trufas, señora? —le preguntó a la dama que estaba sentada a su derecha.

La dama era una viuda de cierta edad, una mujer tolerante e influyente que había ayudado a que la reputación de Diana volviera a ser buena, ya que las relaciones poco convenientes que había tenido en la India y Estados Unidos la habían perjudicado y su matrimonio sólo la había mejorado un poco.

—No me atrevo a comer más, pobre de mí —respondió la dama—, pero me produciría un gran placer verle a usted comerlas. Siga el consejo de esta vieja: coma todas las trufas que pueda mientras sus tripas lo resistan.

—Creo que lo seguiré —dijo Stephen, metiendo la cuchara en la pirámide—, pues pasará mucho tiempo antes de que vuelva a verlas. Mañana, Dios mediante, estaré a bordo de un barco, y mi comida consistirá en galletas, carne de caballo salada, guisantes secos y mala cerveza, al menos hasta que Bonaparte sea derrotado.

—¡Brindemos por su derrota! —exclamó la viuda, levantando su copa.

Todos los comensales brindaron por su derrota y, sucesivamente, por el doctor Maturin, por su feliz regreso, por la Armada Real, por cada uno de ellos y, después, poniéndose de pie (lo que le resultó tan difícil a la señorita Trevor que tuvo que apoyarse en el brazo de Jagiello), por el rey. En medio de aquella alegría y de los brindis con el excelente clarete, el borgoña y el oporto, Stephen miró ansiosamente hacia el hermoso reloj de pared francés que estaba detrás del señor Nathan, pues debía coger el coche correo de Portsmouth y le aterrorizaba perder un coche. Se horrorizó al comprobar que las manecillas no se habían movido desde que habían comido la crema de langosta. El reloj estaba parado, como todos los demás que Diana tenía en su casa, y él sabía que las normas de cortesía no le permitían ni siquiera mirar de reojo su reloj. Pero, a pesar de que Diana y él tenían vidas casi independientes, a diferencia de la mayoría de los matrimonios, estaban muy unidos en algunas cosas, por eso ella, al verlo mirar hacia allí, dijo:

—Come el postre tranquilo, cariño, pues Jagiello ha pedido prestado el coche al embajador y tendrá la amabilidad de llevarnos hasta el puerto.

Poco después ella y las demás mujeres abandonaron el comedor. Entonces Jagiello ocupó el asiento de la viuda y Stephen le dijo:

—Es usted un hombre de buen corazón, amigo mío. Ahora podré ver a Diana casi durante doce horas más y no tendré que preocuparme por ese infernal coche correo.

—La señora Maturin me hizo prometerle que ella conduciría el coche —dijo Jagiello—. Le di mi palabra de que lo conduciría cuando saliera el sol, a condición de que usted diera su aprobación —añadió un poco nervioso.

—¿Y ella aceptó esa condición? —preguntó Stephen, sonriendo—. ¡Qué bien! Pero no tiene que preocuparse, pues ella

conduce extraordinariamente bien y haría pasar una hilera de camellos al trote por el ojo de una aguja.

—¡Oh, cómo admiro a las mujeres que saben cabalgar y conducir un coche! —exclamó Jagiello, y luego habló durante un rato de las excelentes cualidades de la señora Maturin, a la cual, según él, solamente le habría hecho falta un profundo conocimiento de los caballos para ser perfecta.

Stephen había notado que Nathan, sentado en el otro extremo de la mesa, tenía una expresión despreocupada y alegre y observaba sonriente cómo Jagiello hablaba con entusiasmo. Pensó que éste tenía algo que hacía a la gente sonreír: su juventud, su alegría, su ostensible salud, su belleza y tal vez incluso su simplicidad. «No tengo ni he tenido nunca esas cualidades —se dijo—. ¿Son los Jagiello conscientes de su felicidad? Probablemente, no. *Fortunatos nimium...*». Su ansia de tomar café estimulaba sus órganos vitales, y puesto que sus invitados, que ya estaban sonrosados y respiraban pesadamente, no se habían servido vino de las botellas en la última ronda, dijo en voz alta:

—Caballeros, tal vez podríamos reunirnos con las damas.

Como el ofrecimiento de Jagiello de traer un coche había sido una sorpresa, los demás ya habían ordenado que los suyos volvieran temprano para que el doctor tuviera tiempo de despedirse y coger el coche correo de Portsmouth e incluso subir a él con media hora de antelación. Los coches llegaron a las diez y media y se alejaron enseguida, y Stephen, Diana y Jagiello se pusieron muy contentos de tener un rato libre inesperadamente. Nathan se había quedado con ellos, en primer lugar porque había ido a pie hasta allí, pues vivía al doblar la esquina, y en segundo lugar porque quería hablar de negocios con Diana. Ella había traído magníficas joyas de la India y Estados Unidos, muchas de las cuales no se ponía nunca, y, por el hecho de que en la actual etapa de la guerra Napoleón había alcanzado asombrosas y horripilantes victorias frente a Austria y Prusia, su valor ha-

bía aumentado enormemente. Nathan quería que Diana aprovechara la ocasión y empleara algunos rubíes (ella decía que eran vulgares y demasiado grandes y que parecían tartas de frambuesa) para comprar determinados valores de la Bolsa británica que ahora estaban muy bajos, lo que sería a la vez una inyección al mercado y una inversión que le produciría grandes beneficios cuando los aliados lograran triunfar. Sin embargo, se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza cuando Diana sugirió que llevaran los restos de la *bombe glacée* a la sala de billar y terminarían de comérsela mientras jugaban.

—Porque, de todos modos, Stephen tiene que despedirse de su olivo —dijo Diana.

La sala de billar de su casa era tal vez la única en la calle Half Moon que tenía un olivo. Había sido construida sobre una parte del jardín, y Stephen, utilizando una palanca, había quitado una baldosa cercana a una de las ventanas y en su lugar había plantado un esqueje de uno de los olivos que crecían en tierras de su propiedad en Cataluña y que procedía del jardín de la Academia. Ahora Stephen estaba sentado junto al olivo y le enseñaba a Nathan las cinco hojas nuevas que le habían salido y una yema que posiblemente se convertiría en la sexta. Con cualquier otro esposo, Nathan habría hablado de esos valores, pero Stephen dejaba que su mujer administrara su fortuna, no tenía nada que ver con ella.

—Vamos, Stephen —dijo ella, apartando el taco—. Te he dejado una posición muy buena.

Cuando el doctor Maturin tenía que operar la pierna destrozada de un paciente, manejaba la sierra con determinación y habilidad, y sus movimientos eran rápidos y precisos; sin embargo, no se le daba bien el juego de billar y, a pesar de conocer muy bien la teoría, era torpe en la práctica. Ahora, después de haber analizado las posibilidades durante largo rato, dio un golpe a su bola sin mucha seguridad, observó cómo rodaba sin to-

car ninguna de las demás y cómo caía en la tronera de la esquina derecha, y luego volvió a sentarse junto al olivo. Los otros jugadores parecían pertenecer a un mundo completamente diferente. Nathan juntó las bolas en una esquina y, tocándolas casi imperceptiblemente, hizo una larga serie de carambolas y al final dejó a su oponente en una mala situación. Luego Jagiello, desde el extremo de la mesa, hizo una proeza con una tacada en el centro. Después Diana, a quien le encantaba un juego mucho más dinámico y la jugada llamada billa limpia, dio vueltas alrededor de la mesa con los ojos brillantes como los de un depredador, haciendo que las bolas pasaran de un lado a otro de la mesa tan rápidas como el rayo y con fuertes chasquidos. Cuando ya había hecho treinta y siete tantos y necesitaba sólo tres para ganar, las bolas se encontraban en una extraña posición, justo en el centro, así que se sentó en el borde de la mesa, se inclinó hacia delante hasta rozar el tablero y se estiró para alcanzarlas, y, en ese momento, Stephen dijo:

—Tómate un descanso, cariño. Tómate un largo descanso, por favor.

Había muchas posibilidades de que estuviera embarazada y a Stephen no le gustaba que adoptara aquella postura.

—¡Bah! —exclamó Diana.

Entonces colocó el taco sobre la mano extendida y, con los ojos a la altura de éste, miró hacia la punta, entrecerró los ojos, sacó la punta de la lengua por la comisura de la boca, se quedó inmóvil unos momentos y luego, con una fuerte tacada, envió la bola roja directamente al fondo de la tronera de la esquina derecha y su bola a la tronera de la izquierda. Inmediatamente se bajó de la mesa de un salto, con tanta gracia y agilidad y con una expresión tan satisfecha por haber triunfado, que el corazón de Stephen se paró durante un latido y los otros hombres la miraron con gran admiración.

—El coche del capitán Jagiello —anunció el mayordomo.

Por lo que se refería a campos de batalla y lechos de rosas reales, el capitán Aubrey conocía mucho mejor los primeros que los últimos. Eso se debía en parte a las características de su profesión, en la cual, tras largos períodos llenos de dificultades, generalmente fríos y siempre húmedos, tenía que luchar ferozmente contra los enemigos del rey, y también con los altos cargos del Almirantazgo y sus malintencionados superiores y subordinados; en parte se debía a que era un pésimo jardinero. A pesar de sus tiernos cuidados, los rosales de Ashgrove Cottage tenían más pulgones, orugas, añublo, roya y moho gris que rosas, y en ninguna época daban suficientes para hacer el lecho de un enano, y mucho menos para hacer el de un oficial de marina de seis pies de altura y casi doscientas veinticinco libras. Hablando en sentido figurado, su matrimonio se parecía más a un lecho de rosas que a un campo de batalla. Él era mucho más feliz de lo que merecía (porque no mantenía a su familia en todo momento ni era estrictamente monógamo), y aunque su felicidad no era ideal y en lo más profundo de su ser deseaba tener una compañera que concediera más importancia al aspecto carnal de la naturaleza humana y fuera menos posesiva, le tenía un profundo cariño a Sophie, y, de todas formas, a menudo pasaba largos años lejos del hogar.

Ahora estaba de pie en la popa del *Worcester*, un navío de su majestad, listo para hacerse a la mar otra vez, y su esposa estaba sentada en una incongruente poltrona que había sido colocada en la cubierta expresamente para la ocasión.

El navío se encontraba en Spithead y estaba anclado solamente con un ancla desde hacía largas horas. En la punta del mastelero de velacho estaba la bandera de salida, unida a éste tan firmemente que parecía clavada; el velacho ya estaba desplegado; las barras del cabrestante habían sido colocadas desde la guardia anterior y estaban preparadas para poner el navío en movimien-

to; los tripulantes estaban tensos y descontentos; los oficiales estaban enfurecidos; la comida se había retrasado; todos miraban indignados hacia tierra. Y mientras la marea bajaba, el navío se balanceaba fuertemente. El capitán avanzó hasta el pasamano de estribor sin dejar de observar Portsmouth a través del catalejo, y la expresión de su rostro, que solía ser alegre y bondadosa, ahora era adusta y malhumorada. El viento todavía era favorable, aunque no mucho, y en cuanto empezara a subir la marea, sería mejor volver a amarrar el navío, ya que no podría salir de allí navegando contra la corriente. Detestaba la falta de puntualidad, y aquello era una falta de puntualidad; de hecho, una gran falta de puntualidad lo obligaba a permanecer allí. Había rogado al comandante del puerto, quien estimaba mucho a la señora Aubrey, que le permitiera hacer una larga, larga pausa, pero la pausa no podría durar siempre, y en cualquier momento aparecerían allá lejos las banderas de señales ordenando zarpar al *Worcester*, y el navío debería hacerse a la mar con su cirujano o sin él, dejando tras de sí a los tripulantes de su esquife, que deberían alcanzarlo de la mejor forma que pudieran.

El baúl del doctor Maturin ya se encontraba a bordo, así como el conocido estuche de su violoncelo, pues habían llegado en el coche correo de Portsmouth a su debido tiempo, pero el doctor no había venido con ellos. Bonden, el timonel del capitán, acosó a preguntas al cochero y al guardia inútilmente. Ambos respondieron que no habían visto a ningún tipo bajito, feo y de piel cetrina con una gran peluca, y añadieron que no lo habían dejado por equivocación en Guilford ni en Godalming ni en Petersfield simplemente por una razón: porque no había subido al maldito coche. Luego le dijeron que podía tomarse sus palabras como quisiera, que podía meterlas en su pipa y fumar-selas o metérselas por el trasero, y que tenía que pagar dieciocho peniques por el violoncelo, pues nadie había estado a cargo de él y, además, era un paquete poco común.